

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

LA RELIGION  
DE LA  
HUMANIDAD

SANTIAGO DE CHILE

## XV

### MORAL POSITIVA

Son muy pocos los que habiendo llegado a cierta edad se resuelven a cambiar de ideas. Los más persistentes en ellas y temerían ser tachados de inconsecuentes si las abandonaran, aunque fuera para optar por la verdad. Se olvidan así, del cumplimiento del deber. Como seamos moralmente responsables de nuestras opiniones ante la Humanidad, nos incumbe aceptar siempre las que nos hagan servirla mejor.

Según el positivismo, la moral es hija de los sentimientos altruistas inherentes al hombre. La teoría católica de la naturaleza humana desconoce la existencia natural de los sentimientos generosos, comprobada ya no sólo en el estudio de nuestra especie, sino en el de las especies animales, que los poseen también aunque en menor grado. San Pablo había tratado de suplir tal vacío con su concepción de la gracia. Para ese insuperable apóstol, si el hombre abandonado a sí mismo sólo puede hacer el mal, merced a la gracia divina sabe hacer el bien. De manera que todos los nobles impulsos eran atribuidos a

la influencia directa de Dios. Esa doctrina de San Pablo ha servido largo tiempo para la dirección moral del mundo. Buscando la gracia se llegaba a la virtud por medio de las fuerzas afectuosas propias de la naturaleza humana, aunque se las supusiera extrañas. La gracia de que San Pablo se creía favorecido no era sino su mismo gran corazón enfervorizado.

La existencia natural de los sentimientos benévolos explica todo el orden moral. Ellos obraban espontáneamente en el curso del desenvolvimiento de nuestro linaje. Las diversas concepciones religiosas que nos han guiado por el camino del bien, derivan de esos mismos sentimientos. Es el altruísmo propio del hombre lo que le ha hecho interesarse por el destino de toda su especie. Mediante ese altruísmo ha salido gradualmente de la más grosera personalidad, para elevarse hasta la más noble sociabilidad. Cualesquiera que hayan sido las teorías que sirvieran de norma a nuestra vida, las que cambiaban con el desarrollo de la inteligencia, siempre está en nuestro altruísmo natural, la causa íntima de todos los progresos realizados en moral. Ese es el atributo supremo del hombre, que constituye su verdadera nobleza. Toda su ciencia sería vana si no estuviera vivificada por el amor. De él ha derivado la moral empírica que dirigiera hasta aquí a nuestra especie, y de él mismo deriva la moral positiva que ya empieza a establecerse. El precepto fundamental que la resume es: "*vivir*

*para los demás*". A manera de complemento le sigue este otro: "*vivir a las claras*". Esos dos preceptos forman el mejor criterio para apreciar las acciones humanas. El que se ajusta a ellos es moral, y el que nó, inmoral. *Vivir para los demás*, significa vivir para la Familia, la Patria y la Humanidad, que forman el conjunto de nuestras verdaderas relaciones.

Con ese objeto debemos velar por nuestro propio perfeccionamiento moral, intelectual y físico. Todo aquello que pudiera dañarnos, bajo cualquiera de esos tres aspectos, nos haría menos aptos para llenar nuestro destino social. Pero el perfeccionamiento físico y el intelectual deben subordinarse al perfeccionamiento moral, del cual depende sobre todo nuestra conducta. Mejoramos nuestro cuerpo y nuestro espíritu, para que sirvan mejor a nuestro corazón, que es el elemento primordial de nuestra existencia. Sin sentimientos generosos no se llegaría jamás a la virtud.

El positivismo prescribe el estudio de la ciencia y la observancia de la higiene, no por interés personal, sino a fin de poder cumplir con nuestros deberes sociales. El saber y la salud son indispensables para servir a los demás. Desatender el uno o la otra por desidia o por capricho, es un rasgo de egoísmo que rebaja nuestra dignidad de miembros del género humano. Sólo en noble servicio social puede darse a veces la salud y la vida. Ello constituye a los héroes del deber. Pero suicidarse violentamente, o por grandes

o pequeños vicios, es ser desertor de la moral. Tratemos, pues, de vivir el mayor tiempo posible para servir a la Familia, la Patria y la Humanidad.

A fin de practicar el deber es preciso ante todo cultivar directamente nuestro altruismo. Este se compone de los sentimientos de apego, veneración y bondad, que son la fuente de nuestra moralidad. Cuanto más desarrollo tengan en nuestra alma esos tres sentimientos, tanto más fácil nos será subordinar a ellos los siete instintos que constituyen el egoísmo, a saber: nutritivo, sexual, maternal, destructor, constructor, orgullo y vanidad. La solución del problema del perfeccionamiento moral del individuo estriba en esa subordinación. No se trata de destruir los instintos egoístas, sino de comprimirlos solamente y de relacionarlos, sobre todo, con los altruistas.

Indiquemos aquí cómo se efectúa esa relación. El instinto nutritivo, que es el más poderoso y el más grosero, será ennoblecido siempre que se le satisfaga en cuanto importe al desarrollo físico, intelectual y moral del individuo. Fuera de eso es menester dominarlo; y el que acostumbre hacerlo vencerá con facilidad los impulsos de los otros instintos egoístas, que pudieran ser dañosos a la sociedad, y especialmente los del sexual. Este instinto, que es el más perturbador de todos, sólo debe ser satisfecho con la mira de la conservación de la especie y dentro del matrimonio indisoluble. Por lo que hace al instinto

maternal, éste asociándose con la bondad produce el amor de las verdaderas madres. En ciertas naturalezas privilegiadas, ese noble sentimiento adquiere tal desarrollo, que las hace vivir enteramente consagradas a sus hijos. Hasta el instinto destructor es susceptible de socializarse. El se ennoblece, por ejemplo, cuando nos indignamos contra el vicio en defensa de la virtud. En cuanto al instinto constructor, es muy fácil comprender su relación con el altruismo. Lo mismo puede decirse del orgullo y la vanidad. El orgullo o necesidad de dominación se hace sentir sobre todo en el hombre de Estado. Sin su impulso nadie querría llegar al poder. Pero es preciso que lo acompañe la bondad para que se gobierne teniendo siempre en vista la felicidad social. La vanidad o necesidad de aprobación predomina particularmente en los directores espirituales. Ellos se preocupan de enseñar y aconsejar, para guiar al hombre por el camino del bien; pero desean naturalmente que se reciban con simpatía su enseñanza y sus consejos. Cuando sus contemporáneos los desoyen, no pierden la esperanza de que la posteridad los escuche; y por eso persisten en una tarea que creen útil para la especie humana. Esa vanidad, que se cifra en demostrar la verdad y en inspirar la virtud, está sancionada por todas las grandes cosas que se han hecho en el mundo. A pesar de este concurso social de los instintos egoístas, debemos esforzarnos por desprendernos de ellos, para que nuestra vida se acerque lo

más posible a la plenitud altruísta, que constituye la verdadera santidad.

Nótase al presente, por la falta de cultura altruísta, una excitación de los instintos egoístas que ocasiona la mayor parte de las enfermedades del espíritu. La medicina contemporánea, que sólo conoce el cuerpo, se manifiesta impotente para explicarse el mal y buscar su remedio. Pero el positivismo, basado en la verdadera teoría del alma, nos demuestra que tales dolencias vienen sobre todo de un desorden cerebral, en que el orgullo y la vanidad funcionan sin el contrapeso del apego, la veneración y la bondad. El desarrollo de estas tres nobles cualidades es el mejor preservativo y el mejor remedio de las enfermedades mentales.

La cultura del altruísmo no sólo sirve para mantener o recobrar la salud del alma, sino que reacciona también favorablemente sobre el cuerpo. El antiguo aforismo *mens sana in corpore sano* puede ser invertido. El imperio de nuestra alma sobre nuestro cuerpo es inmenso. Fuera de la acción cosmológica que cada día neutralizamos más, es preciso reconocer que casi todos los desórdenes del cuerpo provienen directa o indirectamente de los desórdenes del alma. Para tener el cuerpo sano hay, pues, que tener sana el alma.

Habiendo examinado al individuo, pasemos a considerar la familia. Su constitución ha variado con el curso de la civilización. A los principios fué polígama

y en seguida se hizo monógama. La mujer, de esclava del hombre, pasó a ser su compañera. El positivismo viene a vigorizar más todavía la familia, haciendo indisoluble el matrimonio aún después de la muerte de uno de los cónyuges. Este complemento es indispensable a fin de darle a la familia toda su nobleza. El hombre y la mujer se casan, según nuestra doctrina, para perfeccionarse recíprocamente y educar a sus hijos. La muerte de uno de los esposos no puede romper el lazo moral de seres que verdaderamente se aman.

Pero nada es más sublime que la función asignada a la mujer por el positivismo. A ella le corresponde formar el corazón del esposo y de los hijos en el santuario del hogar. Para desempeñar esa santa misión ha de estar exenta de la vida pública. De ahí que el positivismo establezca el principio de que el hombre debe alimentar a la mujer. Esa es la única manera de que ella pueda cultivar plenamente su altruismo, para llenar su verdadero destino social.

Las buenas costumbres dependen de la pureza y la ternura de la mujer. Ella es la providencia moral del mundo. Sus defectos, sus caídas son fatales, porque entonces el hombre pierde la fe en la virtud. Nunca ha de apoderarse de la mujer el orgullo y la vanidad que ciegan la fuente de los nobles afectos. Sea siempre un modelo de apego, veneración y bondad, y permanezca dignamente en el hogar, para que pueda desempeñar su augusta misión. La mujer sólo

es grande cuando nos impulsa por el camino del bien.

Dependiendo del sexo amante la moralidad del hombre, es preciso que todo el mundo tenga hogar propio. El artesano que vuelve de su trabajo debe encontrar ahí a la afectuosa compañera que endulce y perfeccione su existencia. El hombre provee la casa; la mujer la ordena y embellece. El hombre mantiene los cuerpos, la mujer las almas. Arrancar a la mujer de la vida del hogar, como se intenta ahora, pretextando su emancipación y bienestar, es desnaturizarla y privar al hombre de su santa guía. La verdadera reforma social, a ese respecto, consiste en una mejor distribución de la riqueza, que permita al proletario el digno sostenimiento de la familia. Su esposa y sus hijas, no deben ir nunca a los talleres.

Examinada la Familia, consideremos ahora la Patria. Ella ha comenzado por la tribu, que era la reunión de varias familias ligadas por una actividad común. La tribu nómada al principio, se hizo, andando el tiempo, sedentaria, y entonces a la actividad común se agregó un territorio determinado. La cooperación de diversas familias en un suelo fijo viene a dar más fuerza a la constitución de la Patria. Pero además de la cooperación de las familias en un territorio más o menos extenso, hay otro elemento de suma importancia en la formación de la Patria, y es la historia. Sin antecedentes, sin el recuerdo de los trabajos de las generaciones que nos han precedido, la Patria no tendría verdadera consistencia. Es

su pasado lo que nos induce a pensar en su porvenir. Nos sentimos obligados a hacer por nuestros descendientes lo que nuestros ascendientes han hecho por nosotros.

Como las patrias tuvieron que formarse originariamente por medio de la guerra, atacando a los pueblos vecinos o defendiéndose de ellos, cada una de las que se constituía quería dominar a las demás. La que llegó a adquirir mayor incremento fué Roma. No hay ejemplo alguno de que el sentimiento cívico haya alcanzado el vigor que tuvo en esa gran nación. Así es que su heroísmo incomparable la hizo señora de una gran parte del mundo. Entonces los romanos, a pesar de haberse formado ganando batallas, comprendieron que la verdadera civilización debe ser pacífica. Y ya sólo iban a la guerra, como dice Virgilio, para imponer la costumbre de la paz (*pacis imponere morem*). No había llegado, sin embargo, el momento de la civilización pacífica; ni era esa la manera de alcanzarla.

La paz universal no puede ser obtenida por la fuerza, sino por la persuasión. Esa será la obra gloriosa de la Religión de la Humanidad. Mientras tanto, es preciso mantener el *statu quo* en política, sin que ninguna nación se mueva por espíritu de conquista. La gran tarea del presente consiste en la reorganización completa de las opiniones, mediante la doctrina altruista, que ha de unir a todos los hombres en la misma fe. Convertido el mundo al positi-

vismo, se efectuará entonces, naturalmente, la reorganización política en la forma de pequeñas nacionalidades, ligadas todas por la misma religión.

Cuando ese tiempo llegue, el amor a la Patria se verá purificado del egoísmo que suele empañarlo ahora. Se podrá entonces querer a la propia patria sin odiar a las demás naciones. Pero los positivistas deben practicar desde luego la moralidad futura de la especie humana. A ellos les corresponde censurar todas las desviaciones de la justicia en que incurra su respectiva patria en las relaciones con los otros pueblos. El ejercicio constante de la moral positiva ha de apresurar su santo triunfo.

Pero sobre la Familia y la Patria que se aceptan, en general, como que nadie puede dejar de pertenecer a ambas, existe otro sér de más trascendencia, la Humanidad, aunque muchos no la aprecien todavía en su inmensa alteza. Si todos somos miembros de una familia y de una patria, todos somos también necesariamente miembros de la Humanidad. Este Gran Sér es la verdadera providencia del hombre. A los principios se atribuían todos los beneficios a los fetiches, en seguida a los dioses, después a Dios; y ahora hay que atribuirlos a la Humanidad, que nos ha levantado por sí sola de la más grosera barbarie hasta el grado de civilización que alcanzamos, y nos conduce a un glorioso porvenir.

Sin la existencia de la Humanidad no se concebiría la de la Patria. Desde luego, todas las naciones cam-

bian sus productos unas con otras. Además de eso se comunican recíprocamente su ciencia y sus artes. Pero esta cooperación en el espacio es relativamente insignificante al lado de la cooperación en el tiempo. La civilización de los países que van hoy a la vanguardia del progreso, implica el fetichismo primitivo, la teocracia egipcia, la elaboración griega, la incorporación romana, la influencia católico-feudal y el desarrollo científico-industrial moderno. La Patria depende, pues, de la Humanidad. Ahora bien, si la Patria presupone a la Humanidad, con mayor razón todavía la presupone la Familia que depende de la Patria y el individuo que depende de la Familia. Cada hombre recibe de la Familia lo que ésta ha recibido de la Patria y ésta de la Humanidad. De ahí deriva la verdadera jerarquía de nuestros deberes, que consiste en vivir para la Familia subordinándola a la Patria, y en vivir para la Patria subordinándola a la Humanidad que ha de ser siempre el fin supremo de nuestro amor.